

Lectura y literatura como experiencias

Gutiérrez, María y Ball, Manuela

Departamento de Pedagogía y Didáctica
Universidad de Los Andes. Mérida-Venezuela

Resumen

Este trabajo plantea una revisión sobre el uso de la literatura en el espacio académico de niños y jóvenes y la contribución de ésta en la formación escolar para sensibilizar al estudiante frente a la recepción de la palabra. Esta postura ha dejado de un lado que la experiencia literaria entendiéndola a ésta con un sentido de plenitud donde las inquietudes de los estudiantes van más allá de una simple exposición frente a actividades fragmentadas en el aula. La experiencia literaria puede generar expectativas en ellos, puede incorporar sus vivencias e inquietudes pasadas, presentes y futuras con relación a su existencia. ¿Es posible entonces imaginar la lectura y la literatura como experiencias que nos transforman, como aquello que nos pasa en la vida? Creemos que la relación entre el niño y el joven con la literatura es una relación necesaria, vital si se quiere, indispensable para su desarrollo como lector autónomo y, esta conexión debe estar implícita, en gran medida, en el entorno académico.

Palabras clave: literatura, experiencia y escuela.

Abstract

This paper proposes a revision of the use of literature in the children and teenagers academic environment, as well as its contribution in school formation to sensitize the students to the word reception. The literary experience, considered as a way in which the students' interests go beyond simple speeches in relation to fragmented activities in class, can generate them anticipations and can also incorporate their experience and past, present or future concerns about their existence. Then, is it possible to imagine reading and literature as experiences that transform? as something that happens in life? The relationship between the child or the teenager and the literature is completely necessary, even vital. It is indispensable for his development as an autonomous reader. This connection should be implicit to a great extent in the academic environment.

Key words: literature, experience, school.

“...Los lectores son molestos, como los enamorados, como los viajeros, porque no se tiene control sobre ellos, se escapan”.

Michèle Petit

En discusiones acerca del lugar que ocupa la literatura en el espacio académico de niños y jóvenes, es frecuente oír que la contribución primordial de ésta en la formación escolar, debe ser la de sensibilizar al estudiante frente a la recepción de la palabra, así como también, la de proponer un camino para incursionar hacia el conocimiento de algunos autores representativos dentro del vasto universo literario. Esta postura ha dejado de un lado que la experiencia literaria, más allá de estos propósitos –sin duda, esenciales y que, desde luego, compartimos– debería también plantear la posibilidad de que a través de ésta, el estudiante desarrolle un sentido de sí mismo en armonía con las preocupaciones de orden social que le circundan y con sus intereses personales.

Cuando se piensa en la experiencia literaria con un sentido de plenitud, las inquietudes van más allá de la mera exposición del estudiante frente a actividades fragmentadas en el aula. Las expectativas sugieren la búsqueda de contextos en los que tanto el niño como el joven puedan incorporar sus vivencias e inquietudes pasadas, presentes y futuras con relación a su existencia. ¿Es posible entonces imaginar la lectura y la literatura como experiencias que nos transforman, como aquello que nos pasa en la vida?

Louise Rosenblatt manifiesta su profunda preocupación por los profesores que, angustiados por los *objetivos específicos de su disciplina*, desestiman o no son conscientes de que abordan problemáticas sustanciales que hallan puntos colindantes con temas que suelen considerarse propios del dominio del sociólogo, filósofo,

historiador o psicólogo. Se infiere que el profesor que intenta acercar al estudiante a la literatura debe descubrir cómo a través de ella transforma al lector, afecta la cosmovisión que éste construya en relación a sí mismo y a la sociedad en la cual vive. Debe tener presente que la literatura toca todos los espacios que permiten, desde los diferentes dominios disciplinarios, profundizar en las implicaciones que dan cuenta de los problemas y preocupaciones propias de la existencia humana. Ciertamente, un escritor aborda temas cuyas implicaturas reflejan la complejidad del hombre. No es extraño para el lector sentirse reflejado o descubrir a los demás a través de ella. Sin embargo, vale aclarar que creemos que la literatura no es una vía que muestre un simple reflejo de la vida, sino que de manera similar a otras manifestaciones del arte –pintura, música, danza, cine– permite que el lector se exponga a otro tipo de experiencia particular como prolongación o realización de la vida misma. Quizás lo ideal sería que esta clase de vivencias pudieran ser trasladadas a otros contextos en los que también encuentre situaciones –tan intensas como la literatura– que justifiquen la existencia. Esta es quizás una de las bondades que nos ofrece gratuitamente la obra literaria.

En este sentido, el escritor y pedagogo Jorge Larrosa, desde una visión filosófica, considera la lectura en términos de *experiencia*, es decir, “*como lo que nos pasa mientras leemos*”. Cuando leemos, nos exponemos, desde el lenguaje del escritor, a vivir nuestra propia experiencia. En ese recorrido por la palabra del otro, nos transformamos, “algo nos pasa”, nos afecta (Principio de transformación según Larrosa). “Algo pasa desde el acontecimiento hacia mí. El sujeto de la experiencia es el lugar de paso, donde ocurre la experiencia” (Larrosa, 2005). Esta transformación supone la revisión de lo que somos, lo que queremos y sentimos en consonancia con las preocupaciones que asaltan nuestra existencia; una transformación

que, por otro lado, conduce a la búsqueda de un lenguaje propio, una voz que desde el texto se levante y que, más allá de una mera identificación, nos constituya como seres singulares. Todo esto es posible gracias a la lectura como un evento único, irrepetible, transformador.

Conciliar los espacios personales y sociales del estudiante constituye una contribución impostergable desde la enseñanza de la literatura en el espacio escolar. Una enseñanza que admita que la existencia humana se justifica desde el momento en que el niño y el joven puedan establecer desde su interioridad –gracias a la presencia de la literatura como actividad social, en este caso–, múltiples conexiones significativas para dar respuesta a pensamientos, percepciones, sentimientos, creencias y valores que encuentran en el complejo entramado de relaciones sociales del cual forman parte. Tamizar la vida, las preocupaciones existenciales a través del acercamiento a la literatura es posible si ésta, desde lo pedagógico, no se circunscribe sólo a la contemplación inmediata y al análisis literario *per se*.

El carácter de la literatura como expresión del ser humano nos lo revela Rosenblatt cuando refiere que ésta, bajo la forma que se presente –poema, drama, biografía, ensayo, novela, otros– sensibiliza la mirada de los lectores, permitiéndoles descubrir múltiples maneras de percibir la vida, de hallar soluciones a los problemas que les agobian, así nos lo deja ver esta autora a lo largo de esta expresiva reflexión:

¿Acaso la sustancia de la literatura no es todo lo que los seres humanos han pensado, sentido o creado? El poema lírico expresa todo lo que el corazón humano puede sentir... El novelista despliega la intrincada red de las relaciones humanas, con sus patrones ocultos de motivos y emociones. Puede pintar

el vasto panorama de una sociedad en *La guerra y la paz* o en *La comedia humana*... Puede mostrarnos a un joven que llega a entenderse a sí mismo y a comprender la vida, enfrentándose con su propia naturaleza y con la sociedad que lo rodea, como en *El retrato de un artista adolescente* y *El hombre invisible*, o puede hacernos compartir los estados de ánimo sutiles y las percepciones de hombres y mujeres, como en *Los embajadores* y *En busca del tiempo perdido*... Los gozos de la aventura, el deleite en la belleza del mundo, la intensidad del triunfo y la derrota, los autocuestionamientos y autorrealizaciones, las punzadas del amor y el odio..., éstos son los dominios de la literatura (Rosenblatt, 2002: 31-32).

Sin duda, en el territorio de la literatura materializado bajo la forma de diversos géneros, el ser humano se encuentra a sí mismo y, a los demás, desde el momento en que la experiencia sensible de un escritor toca su propia experiencia, este hecho justifica la presencia de la literatura en el aula como un lugar construido de silencios que nos conmueven, imágenes para evocar, palabras para compartir, para "... darles vueltas y más vueltas, oír las, mirarlas, dibujarlas sobre el papel, llevártelas a la boca, paladearlas, decirlas, cantarlas, pasarlas de una lengua a otra, explorar su sonoridad, su densidad, su multiplicidad, sus relaciones, su fuerza" (Larrosa, 2003: 16-17).

La relación entre el niño y el joven con la literatura es una relación necesaria, vital si se quiere, indispensable para su desarrollo como lector autónomo y, esta conexión está implícita, en gran medida, en el entorno académico. Sin embargo, en la mayoría de los planes de estudio la literatura aparece como auxiliar de la enseñanza de la lectura y la escritura, aunque en la Tercera Etapa de la Educación Básica y en la Educación Media y Diversificada se convierte en un objeto de conocimiento al que, generalmente, se le desvirtúa su verdadera función.

Si se observa la realidad, existe un verdadero antagonismo entre la experiencia de literatura deseada y la escuela. Según Laura Antillano, “la falla está en la concepción, en la fundamentación de eso que en los programas de educación llaman Literatura” (Antillano, 1991: 24). ¿Cuáles son entonces las situaciones que predominan en la clase de literatura si la apreciamos desde esta visión? La tendencia apunta a proporcionar al alumno un listado de autores, fechas, obras y consideraciones críticas con las cuales él no va a hacer otra cosa que experimentar un creciente desafecto por la literatura. Es evidente que este tipo de prácticas en las que los docentes en este sentido, convierten al texto en una “entidad muerta, que se le impone en lugar de ‘seducirlo” (Ob. Cit., p. 25), le ofrecen al estudiante escasas posibilidades para establecer conexiones con su vivencia cotidiana, asimismo para recrearse en ella, para imaginar las implicaciones humanas desde la experiencia del otro.

Los textos que se recomiendan en los programas como lecturas fundamentales, la mayor parte de las veces, no son los más adecuados, no sólo por el discutible valor literario que ellos puedan tener, sino porque además, son poco significativos, si pensamos, desde luego, en los intereses y preocupaciones que expresan los niños y jóvenes. Estos textos son generalmente, meras guías que –teóricamente– hacen una crítica literaria de las obras que se deben leer en el aula. Es probable que los estudiantes en lugar de leer la obra, terminen leyendo estos materiales con evidente desgano y aprendiéndoselos de memoria para poder aprobar el examen o cualquier otra situación que le demanda el profesor.

Esta forma de acercarse a la literatura, además de restringir la comprensión de lo que se lee, puede alejar al lector del disfrute estético –un rasgo fundamental de la literatura– así como también, impedirle descubrir en la experiencia literaria la posibilidad de confrontar el pensamiento del autor, valorar los personajes que recrea éste, y

formularse, como lector, juicios propios, reconociendo en las situaciones humanas que evoca el escritor, experiencias familiares que le permitan conmoverse, identificarse, responder y comprender las múltiples preocupaciones de orden personal y social que le asaltan.

¿Qué lecturas ofrecer? ¿Cómo alejar del aula la lectura de obras cuyos comentarios resultan vagos e imprecisos, ajenos al joven lector? ¿Cómo cambiar la promoción de situaciones estereotipadas y generalizadas por verdaderos encuentros con la literatura que conmuevan y transformen al lector? Resulta obvio pensar en acercamientos que permitan a nuestros niños y jóvenes abordar la lectura de una obra desde lo personal, una aproximación cercana y profunda hacia la literatura, buscando experiencias que demanden al lector la posibilidad de gestar desde el efecto literario un encuentro fértil entre el texto, el escritor y el lector.

Saborear la lectura para crear significado desde las posibilidades que procura el encuentro entre el texto, el escritor y el lector es, en la vivencia de algunos escritores, una verdad incuestionable. Alberto Manguel expone, en su ensayo sobre *Metáforas de la lectura*, un episodio biográfico de Whitman que revela la relación que este escritor sostuvo con la lectura al definirla con una especial intensidad, desde el espacio metafórico. En palabras de Whitman, texto, autor y lector cobran un papel relevante en la construcción de significados complejos que dan cuenta de la existencia del hombre:

Para Whitman, texto, autor, lector y mundo se reflejaban mutuamente en el acto de leer, acto cuyo significado él ampliaba hasta abarcar toda actividad humana, y también el universo en el que todo ocurría. En esta asociación el lector refleja al escritor (él y yo somos uno), el mundo se hace eco de un libro..., el libro está hecho de carne y sangre (la carne y la sangre del escritor, las cuales, mediante una transubstanciación literaria,

se hacen mías), el mundo es un libro que hay que descifrar (el poema del escritor se convierte en mi propia lectura del mundo). Se diría que Whitman buscó toda su vida llegar a comprender y a definir el acto de leer, que es al mismo tiempo el acto mismo y la metáfora de todas sus partes (Manguel, 1999, p. 225).

Al leer literatura, el espíritu se sublima; se produce una especie de distanciamiento de la realidad; las palabras, antes inmóviles sobre la página, se sublevan en una danza mágica que evoca imágenes en la mente del lector. Cuando leemos una obra que nos gusta, que nos toma y nos enlaza a complacencia, el sentimiento de no pertenencia a nada ni a ninguna parte nos embarga en toda su plenitud. El tiempo no importa, las horas pasan sin percatarnos de ello. Somos dueños de esa historia ahora, los personajes son nuestros parientes, nuestros aliados o nuestros contrarios, en otras palabras, sentimos y vivimos lo que ellos sienten y viven en un momento determinado, somos cómplices de sus hazañas y también de sus traiciones... Ese placer es egoísta, personal, sólo lo vive el lector en el acto de la lectura.

Pero, ¿cómo se gesta esta experiencia en los jóvenes? No se logra, obviamente, con lecturas obligatorias, impuestas por el sistema escolar. Así lo confirma Michèle Petit en su obra *Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura*, cuando expresa que "...en todas las generaciones, las lecturas impuestas –en especial las de autores clásicos– han desalentado a leer. (Petit, 1999: 166). ¿Cómo entonces los invitamos a leer? ¿Qué tipo de obras podemos recomendarles a los jóvenes de hoy? Es común encontrarnos con universitarios que no leen más que los materiales que son asignados en las distintas asignaturas de su carrera, ni siquiera son obras completas, sino separatas de libros, capítulos de libros o artículos de revistas. No hay asiduidad a la lectura, no se lee más allá de esos materiales, escasamente la prensa o alguna revista de farándula. ¿Qué hacer ante esta situación? ¿Cómo persuadir a nuestros estudiantes de las

bondades que otorga la lectura literaria? ¿Cómo invitarlos –o motivarlos– a leer?

Constantemente levantamos la voz para decir a los niños y jóvenes, “Hay que leer, hay que leer... ¿Y si en lugar de *exigir* la lectura el profesor decidiese de pronto *compartir* su propia dicha de leer? ¿La dicha de leer? ¿Qué es la dicha de leer?” (Pennac, 1995: 78). Pudiéramos discutir sobre el papel que juega el docente en el gusto por la lectura, también sobre el rol de la familia en este acercamiento, pero no es nuestra intención disertar sobre ese tema en este momento, lo dejamos a juicio del lector. Lo que sí creemos es que ciertos encuentros con la lectura nos ayudan a modificar nuestra actitud hacia ella. Tales encuentros, que crean un clima de intimidad propicio para leer –un acto de camaradería– pueden ser mediados por otros **lectores** que nos lleven de la mano y nos muestren el camino. Así lo evidencia Daniel Pennac en el siguiente fragmento, cuando la lectura se convierte en una especie de tregua necesaria para dar continuidad al día que llega a su ocaso:

... ese ritual de la lectura cada noche, al pie de su cama, cuando era pequeño –hora fija y gestos inmutables– tenía algo de oración. Ese armisticio repentino después del alboroto del día, esos encuentros a salvo de cualquier contingencia, ese momento de silencio cosechado antes de las primeras palabras del relato, nuestra voz por fin semejante a sí misma, la liturgia de los episodios [...] era un momento de comunión entre nosotros, la absolución del texto, un regreso al único paraíso que vale la pena: la intimidad. (Ob. Cit., p. 31).

“Para transmitir el amor a la lectura, y en especial a la lectura literaria, hay que haberlo experimentado”, nos dice Michèle Petit. (Ob. Cit., p. 168). Esa relación personalizada con algún intermediario es lo que, según la autora, marca la diferencia. Estos mediadores

pueden ser los padres que leen historias a sus hijos de pequeños, un bibliotecario que le recomiende libros a un joven estudiante, un maestro que apoye a sus alumnos a ir más allá de los libros de texto, que les ofrezca otras posibilidades de lectura, que lea con ellos, que les recomiende las obras que él ha leído...Pero,

... evidentemente, no toda la gente puede desencadenar esos movimientos del corazón. [...] en cambio, creo que todos: maestros, bibliotecarios o investigadores, podemos interrogarnos más sobre nuestra propia relación con la lengua, con la lectura, con la literatura. Sobre nuestra propia capacidad para vernos afectados por lo que surge, de manera imprevisible, a la vuelta de una frase. Sobre nuestra propia capacidad de vivir las ambigüedades y la polisemia de la lengua sin angustiarnos. Y para dejarnos llevar por un texto, en vez de intentar dominarlo siempre (Petit, 1999: 167).

Pero volvamos al tema que nos ocupa, ¿por qué se considera tan necesaria la presencia de la literatura en la escuela? La literatura cumple, según Griselda Navas “una función desautomatizadora de la sociedad –y del individuo–, coloca al lector en la situación de redescubrir su realidad cotidiana, el ‘sí mismo’ en relación con ‘el otro’...” (Navas, 1988: 28). Leer un relato, o que se lo lean a uno, significa: “... jugar un juego por el cual se aprende a dar sentido a las cosas que se han producido, producen y producirán en el mundo real. Leyendo novelas huimos de la angustia que nos embarga cuando tratamos de decir cualquier cosa verdadera sobre el mundo real (Eco, 1996, citado por Thérien, 1997: 12).

Al propiciar el encuentro entre el niño y la literatura desde temprana edad, ésta llegará a ser para aquél, un mundo en el cual la vida se hace más fácil, un mundo donde puede comprender mejor los comportamientos, las formas de ser de las personas, las difíciles

relaciones entre los seres humanos, con sus padres, con sus amigos, con los otros. En este sentido, afirma Thérien (1997):

... la lectura literaria es una escuela natural de construcción de la personalidad, menos impositiva ciertamente que la realidad, pero por ello mismo menos dolorosa y a menudo más rica en posibilidades: construcción de la personalidad individual, pero también de la personalidad social y cívica (p. 13).

Coincidimos con este autor cuando afirma que esta búsqueda de la construcción de la personalidad y de la identidad a través de la exploración del sentido, “es el más urgente aguijón que nos empuja a leer” (Ob. Cit., p. 13). La lectura permite un distanciamiento, una descontextualización cuando nos convoca a pensar de manera crítica sobre acontecimientos que marcan la condición humana. Asimismo, la lectura conduce hacia la figuración de otras formas de lo posible que otorgan sentido a la existencia.

Hay una interesante reflexión de Cassany (1994), quien al hablar de la relación entre leer y vivir hace una disertación en cuanto a que mientras la vida es experiencia acumulativa, sometida al accidente y al azar, gobernada difícilmente por la voluntad, a menudo en lucha contra lo imprevisto, la literatura es experiencia formalizada, sometida al yugo del símbolo, ofrecida como cosa conexa y, de una u otra forma, entendida. Él afirma que:

... la literatura siempre necesita la vida –en un sentido general–, mientras que la vida puede elegir, para nutrirse, de la literatura. Quizá por ello –para ir contra lo imprevisto, para ayudarnos a vivir de manera más racional y libre– acudimos a la lectura (p. 10).

Al comienzo de esta reflexión hicimos referencia al hecho de que el acercamiento del niño y del joven a la literatura podría

trascender los límites de la contemplación inmediata –del goce estético– y del análisis de la estructura de la obra. Insistimos en que más allá de este abordaje, el lector establece conexiones con las palabras del texto, introduce su propia fantasía, la entremezcla con las palabras del autor, se identifica con ellas –o se rebela ante ellas– y, a la vez, encuentra en los intersticios de la página escrita un lenguaje particular, para leer entre líneas su propio texto. Creemos en la lectura como un espacio en el que la experiencia del lector se impone como un viaje incierto, sorprendente, inquietante, siempre renovado, nunca igual, desde el cual, el lector emerge transformado.

Michèle Petit se refiere al lector como un sujeto activo que ... lleva a cabo un trabajo productivo, reescribe. Hace desplazarse al sentido, hace lo que se le ocurre, desvía, reutiliza, introduce variantes, deja de lado los usos correctos. Pero él a su vez, es alterado: encuentra algo que no esperaba, y nunca sabe hasta dónde puede ser llevado (p. 28).

La lectura no culmina una vez que se cierra la página, sino que sigue teniendo efectos en la vida del lector. Entre lector y autor se construye, como en las relaciones humanas, una intersubjetividad, esa conexión psicológica entre dos mentes, dos mundos que tienen algo común para expresar, que aún frente al desconocimiento “físico” del otro, entran en complicidad, en sintonía para reescribir, cada uno, su propio texto y reconstruir entre líneas sus fantasías.

Esta idea de continuidad que deja la lectura en el lector es bellamente expresada por Chamoiseau cuando afirma que “Al final de una lectura, el mundo que se extrajo del libro sigue teniendo vida autónoma dentro de uno. Uno se ve forzado a crear nuevas historias a partir de ese mundo” (1994, citado en Petit, 1999, p. 34). Y de eso

se trata, la idea de la lectura como experiencia transformadora vuelve a hacer eco en nosotros, es el lector quien se expone a ese proceso de transformación, quien de manera activa –y selectiva– actualiza el lenguaje cada vez que se dispone a leer, cada vez que ejerce el acto de la lectura.

Esta experiencia que implica involucrar la lectura y la realidad circundante ha sido explorada en nuestras aulas universitarias. Allí hemos sentido el papel formador de la lectura en silencio, así como también el efecto de las lecturas personales, aquellas que no se comentan y que sólo quedan para el deleite interior. De igual modo, hemos disfrutado la lectura acompañada de la palabra en voz alta, una voz que persigue, en la mirada del otro, un cómplice buscando integrar el universo en el alma de la obra. Leer con pasión, en voz alta, nos conecta con otras dimensiones de la realidad, extendiendo la obra a límites inconcebibles e inexplorados. En estos momentos se nos revela un espacio en que la experiencia íntima con la palabra, se vuelve un pretexto oportuno para gestar una relación única entre el texto y la subjetividad de quienes participamos en estos actos de lectura literaria. En definitiva, esta experiencia constituye un descubrimiento que bien vale la pena ser disfrutado con nuestros estudiantes, y aun mucho más allá de los límites del aula.

Referencias

- Antillano, L. (1991). *¡Ay! que aburrido es leer*. Maracaibo: Ars gráfica.
- Cassany, E. (1994). Leer y vivir. *Hojas de lectura*. 31, 10-15.
- Larrosa, J. (2003). *La experiencia de la lectura*. México: Fondo de Cultura Económica.
- _____. (2005). Notas sobre el Seminario doctoral: *Saber de experiencia, lenguajes de la experiencia y educación*. Universidad de los Andes, Facultad de Humanidades y Educación, 7 al 11 de noviembre de 2005. Mérida, Venezuela.

VOZ Y ESCRITURA. REVISTA DE ESTUDIOS LITERARIOS. N° 15, enero-diciembre 2007. Gutiérrez, María y Ball, Manuela. *Lectura y Literatura como experiencias*, pp. 95-108.

Manguel, A. (1999). *Una historia de la lectura*. Santafé de Bogotá: Norma.

Navas, G. (1988). *La lectura: ¿obligación para la libertad?* Caracas: Fondo Editorial IPASME.

Pennac, D. (1995). *Como una novela*. Santafé de Bogotá: Norma.

Petit, M. (1999). *Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura*. México: Fondo de Cultura Económica.

Rosenblatt, L. (2002). *La literatura como exploración*. México: Fondo de Cultura Económica.

Thérien, M. (1997). Placeres literarios o de las finalidades de la lectura literaria. *Hojas de lectura*. 48, 12-15.